

HARALD WEINRICH, *Leteo. Arte y crítica del olvido*. Traducción de Carlos Fortea (Madrid: Siruela, 1999), 407 pp.

Cuenta Umberto Eco que en cierta ocasión él y unos sus amigos dieron, por entrete- tener ocios, en imaginar disciplinas universitarias no sólo inexistentes, sino más aún, imposibles. Una de las no-disciplinas propuestas en tan lúdico convivio, junto con algunas tan apasionantes como la *Historia de la rueda en las culturas precolombinas*, los *Estudios de urbanismo nómada* o la *Microscopía de los indiscernibles* fue, en correlación con las milenarias *artes memoriae* o artes memorativas de veste retórica, el *Arte del olvido*, o *Ars oblivionalis*, entendido como el arte de la elaboración de técnicas para causar el olvido. Del *jeu d'esprit* derivó Eco la idea de un *paper* en que se probara la imposibilidad de tal disciplina: si todo signo es una presencia —estamos, claro, en sede semiótica—, el olvido, que por definición es una ausencia, difícilmente podrá ser objeto de una formalización en términos positivos y, menos todavía, ninguna técnica podrá hacer olvidar —hacer un borrado mnemónico, o lo que es igual, suprimir signos y sentidos—, sino que, como mucho, podrá llegar a recordar que se desea olvidar —verificará una adición de sentidos superpuestos, de signos metasignicos. El título de la versión inglesa de dicho *paper* es ilustrativo —y, de paso, muy de Eco—: «An *Ars Oblivionalis*? Forget It!»¹. Bastantes años después de la ocurrencia de Eco *cum sodalibus*, el ilustre romanista alemán Harald Weinrich, cuyos múltiples méritos científicos y profesionales son conocidos de todos, y reconocidos por muchos —sean altas muestras de esto último la cátedra que ocupó varios años en el *Collège de France* o su reciente doctorado *honoris causa* por la Universidad Complutense—, acepta el desafío implícito en la anécdota referida por el alessandrino (recogida aquí, pp. 34-35), y da cuerpo en su *Leteo* —edición original alemana de 1997— a una «arte y crítica del olvido». Con sus más de cuatrocientas páginas en la mano ya no podemos decir que el olvido, al menos el olvido en las letras y en la cultura de Occidente en los últimos veintiocho siglos, sea un vacío, una ausencia.

¹ *PMLA*, 103.3 (May 1988), 254-61.

Lo que se propone Weinrich al acercarse al olvido en sus diversas manifestaciones y aspectos es, en sus propias palabras: «someterlos a una consideración histórico-cultural, centrada en el trato del arte con el olvido, junto con una igualmente necesaria crítica del olvido... incluyendo una crítica del arte del olvido» (p. 16). Empresa ingente, sin duda, que comparte con otros empeños del catedrático muniqués, reiterando una personal y asidua línea de investigación —pienso en su *Linguistik der Lüge* [*Lingüística de la mentira*] (1966) o en su coordinación del volumen *Positionen der Negativität* (1975)— su carácter de exploración del envés de las realidades, del negativo (no *de lo* negativo, sino *del* negativo, en sentido cuasifotográfico, y según el feliz hallazgo conceptual de Antonio García Berrio en su reseña de este mismo libro)² del lenguaje y del pensamiento humanos. Weinrich da comienzo a su consideración sobre la ontología y la casuística del olvido rastreando lo que la etimología o la morfología de la palabra que lo designa en las principales lenguas europeas nos dice acerca del modo en que cada una de ellas conceptúa, por medio de su peculiar *forma interior*, su naturaleza y características (pp. 16-21). Un rastreo que trae a la memoria el emprendido por el ilustre Erich Auerbach en *Figura*, y que manifiesta algunas interesantes evidencias no perceptibles de primera intención, como la que se encierra en la voz griega *aletheia*, puesta de relieve por Heidegger: la verdad es aquello que no se olvida, y la tradición filosófica europea, cuyas raíces griegas son indisputables, siempre ha situado en lugar de privilegio la memoria y el recuerdo, esto es, el no-olvido. Solo la Edad Moderna, como prueba Weinrich a lo largo de estas páginas (especialmente en los capítulos III y IV), intentó otorgar cierta verdad, y con ella una suerte de dignidad óptica, al olvido.

Bosquejar una historia cultural del olvido y trazar los perfiles de un posible arte del olvido lleva forzosamente —y Weinrich no se sustrae a ello— a bosquejar y trazar esas mismas áreas por lo que respecta a la memoria. Uno y otra son conceptos antitéticos inseparables cuyos fluentes límites, como los de la línea del mar en una playa, traen consigo a cada retroceso de la una un avance proporcional del otro, y viceversa. No extraña, pues, que en muchos momentos este libro sobre el olvido sea también un libro sobre la memoria. Así sucede con las «metáforas del olvido» que enumera Weinrich en las pp. 21-27, que es conveniente leer en contrapunto con las «*Metaphorae memoriae*» a las que él mismo dedicó atención en uno de sus grandes libros, *Sprache in Texten*³. Al acudir a las metáforas del olvido surge la formulación griega de la dualidad representada por Lete y Mnemosine, Olvido y Memoria, como emblema mítico de esa correlación antedicha (del nombre de la diosa, claro, procede el de Leteo, el río que otorga el olvido a las almas de los muertos —y el título al libro que reseñamos—, cuya imagen literaria es indisoluble de la figura de Virgilio).

Memoria y olvido. Desde ese enclave arranca la ruta seguida por Weinrich, una ruta rica en datos, apreciaciones y reflexiones inteligentísimas que trae a la memoria, en su rigor y amenidad, obras a cuya estirpe esta se suma —como la *Literatura europea* de Curtius y la *Mimesis* del citado Auerbach, contribuciones imprescindibles de la filología centroeuropea a la imagen cultural de Occidente—, y tal vez sea este uno de los me-

² Antonio García Berrio, «El olvido síntoma», *Saber Leer*, 139 (noviembre 2000), 6-7.

³ Stuttgart: Klett, 1976. Es lástima que no se haga constar en la versión española de *Leteo* la existencia de la traducción al español de *Sprache in Texten: Lenguaje en textos*, traducción de Francisco Meno Blanco, Madrid: Gredos, 1981; las *Metaphorae memoriae* en pp. 369-374.

jores encomios que se pueda hacer de este *Leteo*. Es imposible resumir en los límites convencionales de una reseña académica todos los derroteros de la singladura comparatista a la que Weinrich nos invita, desde Homero hasta la teoría de la ciencia moderna pasando por Dante y Freud, pero sí merece la pena llamar la atención sobre varios de los perfiles mayores de la imagen cultural del olvido por él trazada. En primer lugar, y como es una *tecné* del olvido lo que se desea indagar, enseguida aparece su contrapartida, la *tecné* memorística que es parte constitutiva de la retórica: no es de extrañar que sean Simónides —inventor de la menmotecnia retórica, de la *ars memoriae*— y Temístocles los que abran el itinerario (pp. 29-35), y con ellos una constatación: si la *memoria* retórica, entendida como arte de la memoria (o lo que es igual, arte contra el olvido), espacializa la memoria, ubica los recuerdos, queda correlativamente de manifiesto que el olvido es una suerte de utopía (o atopía), una especie de ucronía (pp. 31-32: «sólo el olvido carece de lugar»). Esa idea originaria, central en la configuración mnemotécnica, junto con otras igualmente de veste retórica —como la de la claridad necesaria para recordar y la oscuridad asociada al olvido, por ejemplo— dejará huella en múltiples representaciones artísticas del olvido, concebido como un no-lugar: así en los casos de San Agustín en sus *Confesiones* (p. 52), de Dante, cuya *Divina Commedia* es literalmente incomprensible sin considerar su dependencia de los procedimientos de la memoria retórica (pp. 58-59), el del tratamiento burlesco que de la espacialidad de la memoria hace Heine en uno de sus relatos (pp. 170-72), o las reflexiones de Freud sobre la memoria como almacén (pp. 222-224); sin duda, y al margen, esa dimensión espacial de la memoria en su configuración cultural es la que cimienta antropológicamente la profunda resonancia sentimental del *Donde habite el olvido* cernudiano.

En segundo lugar, otra de las líneas fundamentales asociadas a la relación olvido-memoria es la que, partiendo de Platón y pasando —en un paso capital— por San Agustín, elabora una imagen trascendental del olvido; en abierto y decisivo contraste con la fisonomía primordial, embriagadora y placentera que el olvido liberador y paliativo cobra en formulaciones del mundo clásico debidas a tan capitales autores como Homero (en *Odisea*, véase las pp. 35-41; también Hesíodo, Eurípides y Alceo, y en concurrencia con Schiller y Goethe mucho después —p. 289—) u Ovidio (en *Remedia amoris*, pp.41-46). Es conocida la formulación del *Menón*: el aprendizaje es anamnesis, pues el nacimiento supone un olvido —no completo— de los conocimientos prenatales del alma: «El olvido está al comienzo de la vida humana en esta tierra,» —subraya Weinrich— «entre el nacimiento y la muerte, y marca la pauta» (p. 47). Desde Platón el olvido deja de ser un accidente de la memoria de consecuencias remediadoras o hedonísticas para cobrar una entidad metafísica intrínseca asociada a unas consecuencias trascendentes de repercusiones capitales. Ese planteamiento es el que retoma Agustín, asociando el olvido a realidad tan extremadamente trascendente como la alianza entre Dios y el hombre. La Alianza, tal y como aparece en el Antiguo Testamento, es un pacto de memoria: Dios no olvidará a su pueblo mientras su pueblo no lo olvide a él. El olvido es la gran amenaza latente en el Pentateuco: olvidar a Dios traerá consigo, inexorablemente, el olvido de Dios, y éste la condenación. Cristianismo y judaísmo quedan constituidos como religiones de la memoria (pp. 49-51). Agustín se sentía especialmente próximo a todo ello por su experiencia vital: se había olvidado de Dios en sus años en pecado, pero Dios no se había olvidado de él, ofreciéndole ocasión de volver a la fe verdadera. Con pie en esta experiencia —y en analogía con las ideas platónicas—, Agustín

dice que el olvido de Dios nunca es completo en el pecador, pues hay unas ideas innatas, eternas, puestas por Dios en todos los hombres y a través de cuya latencia el desviado puede ver la luz. Buscar a Dios es desenterrarlo del olvido, es reavivar ese pacto de memoria entre un Dios que no olvida —si se lo busca— y un hombre que debe procurar no olvidar (pp. 51-54). Esta concepción platónico-agustiniana del olvido como categoría metafísica y teológica está muy presente en la *Commedia* dantesca (como pone de relieve Weinrich en las pp. 54-77, tal vez de las mejores del libro), donde «la pena del *Inferno* es la expresión del eterno olvido de Dios» (p. 73); pero también lo está mucho más allá, como Weinrich pone de manifiesto en el capítulo IX, «Auschwitz y nada de olvido» (pp. 301-338), donde se ocupa de una serie de autores que dieron expresión al *pathos* judío ante la *Shoah*. El caso de Elie Wiesel es paradigmático. ¿Qué ha pasado para que una tragedia tan espantosa suceda? ¿Es que Dios se ha olvidado de su pueblo? ¿Es que los judíos han fallado en el cumplimiento de la Alianza —han olvidado a Dios? (p. 306). El eco del planteamiento de la idea de la memoria como núcleo del compromiso entre el hombre y Dios —y de la del olvido como ruptura de dicha alianza—, es innegable; y el recorrido que hace Weinrich en torno a la interpretación del Holocausto como supremo memoricidio y la importancia de la memoria como única arma en manos de las víctimas es tan esclarecedor como emotivo (pp. 306-308), con el corolario de la desgarradora disyuntiva entre la obligación de vivir con el recuerdo o la necesidad de vivir en el olvido, ejemplificada por Primo Levi y Jorge Semprún (pp. 311-322).

Mucho es lo que queda al margen de esta reseña —aunque no *olvidado*. Desde el olvido placentero y alucinógeno experimentado por Ulises —el primer olvidadizo de la literatura de Occidente— en los episodios de los lotófagos, de Circe, de Calipso (que Ulises rememora, paradójicamente, en una analepsis de sus andanzas, pp. 35-39), hasta la necesidad de olvido requerida por el desbordamiento de información propio de estos tiempos (impresionantes las reflexiones contenidas en el décimo y último capítulo del libro). Las estaciones intermedias de ese itinerario pasan por las muy diversas valoraciones del olvido que hacen la Edad Moderna (interesantísima la psicofisiología del olvido elaborada por Juan Huarte de San Juan y reflejada por Cervantes en la caracterización de Sancho y don Quijote —pp. 91-97⁴), la Ilustración (que rechaza, como ya antes lo hicieran Rabelais y Montaigne, pp. 82-89, el aprendizaje memorístico, con Rousseau como abanderado —pp. 118-122—, y valora la razón por encima de la memoria —como en Kant, pp. 122-138—, lo que abre la puerta a una aceptabilidad del olvido), y la Modernidad (interesantísimas las observaciones acerca de una poética del olvido en Mallarmé —pp. 231-236—, que deben ponerse en relación con las ideas desarrolladas por George Steiner en *Presencias reales*⁵, o de la centralidad activa del olvido en la memoria involuntaria proustiana, con sus precedentes en Valéry —pp. 236-

⁴ Es conveniente no olvidar la larga fidelidad cervantina de Harald Weinrich, atestiguada por el resultado público de su tesis doctoral, *Das Ingenium Don Quijotes. Ein Beitrag zur Literarischen Charakterkunde*, Münster-Westfalen: Aschendorffsche Verlagsbuchhandlung (Forschungen zur Romanischen Philologie, 1), 1956. La raíz de lo dicho en las páginas cervantinas de este *Leteo* (pp. 89-99) —la caracterización coetánea del ingenio, la impronta de Huarte de San Juan, etc.— está en estas páginas de hace casi medio siglo.

⁵ George Steiner, *Presencias reales. ¿Hay algo en lo que decimos?* (Barcelona: Destino, 1991), pp. 119-124.

252—), entre otros momentos. Me permito llamar la atención sobre un rasgo que se pone especialmente de relieve en el capítulo VIII.4 del libro, «Amnesias, amnistías y el enigmático jubileo (Schiller, Kleist, Celan)» (pp. 284-299): tal vez aquí de forma más señalada que en otros lugares del libro, pero no sólo aquí, se produce una llamativa sensación que dice mucho de la fuerza suasoria de Weinrich y de su extraordinaria capacidad de leer transversalmente. Los textos y los autores de que el capítulo se ocupa, dispersos en el tiempo, de carácter sumamente distinto, reflexionan acerca del olvido y la memoria de modos visiblemente diferentes, pero esa aparente heterogeneidad y la insoslayable difracción de los contenidos del capítulo se ve conjurada por un nexo profundo, casi imperceptible pero fundamental, que involucra inseparablemente a los autores tratados: en el caso de este capítulo se trata de la vivencia invariable de la necesidad casi fisiológica del perdón (léase olvido) como vía única hacia el descanso y la paz, en oposición a la insoslayable obligación del recuerdo —la abolición del perdón, por ende— como estigma moral ineluctable.

Descubrir esos nexos profundos, esas líneas de fuerza no superficiales y estructurantes, poner de relieve la constante dialéctica entre lo uno —lo universal, lo común, lo esencial, lo que manifiesta el cimienta antropológico compartido de las creaciones artísticas— y lo diverso —lo individual, lo peculiar, lo original, lo distintivo—, es lo que se espera de un estudio literario de amplio aliento, como el presente. Y descubrir y contemplar todas las modulaciones que el olvido cobra a lo largo de las más importantes obras y autores de las letras occidentales es lo que le debemos a Harald Weinrich y a su *Leteo*, un libro —no podía ser de otro modo— memorable, o, más propiamente, inolvidable.

Juan Carlos CONDE

SALINAS, Miguel de: *Rhetórica en lengua castellana*. Ed., introd. y notas de Encarnación Sánchez García (Napoli: L'Orientale Editrice / Istituto Universitario Orientale, 1999) 237 pp.

Los estudios sobre la Poética y la Retórica de los Siglos de Oro vienen experimentando un auge considerable en los últimos años. Y junto al análisis de las obras concretas, la tarea de editar las principales obras también se hacía esperar, especialmente esta *Rhetorica en lengua castellana* que por ser la primera escrita en castellano, merecía especial atención. Quizá haya pesado demasiado el juicio de Menéndez Pelayo, harto repetido, para quien la obra de Salinas carecía de interés. Afortunadamente otros especialistas, como Peter Russell por ejemplo, se han encargado de enmendar la plana al maestro y suscitar nuevas atenciones. Ya Elena Casas en su libro *La retórica en España* (Madrid: Editora Nacional, 1980) había publicado la parte central de la *Rhetorica* de Salinas, junto con textos de Argote de Molina y Jiménez Patón, pero tal aproximación sólo nos hacía sentir como más necesaria una edición completa y rigurosa de la obra. Este encomiable trabajo de Encarnación Sánchez viene a llenar esta laguna.

En las páginas de introducción la autora se ocupa de destacar aquellos rasgos de la biografía de Miguel de Salinas que mejor explican su lugar en la cultura de su tiempo.